

Intersecciones entre filosofía, literatura e historia

Publicado en *Intertexto*, nº8, Buenos, Aires, 2008

Juan José Canavessi

En los últimos tiempos, la cuestión de la narrativa historiográfica ha despertado el interés de la teoría literaria tanto como de la filosofía de la historia. Este trabajo se propone explorar algunos campos fronterizos entre la historia, la literatura y la filosofía presentando los principales problemas abordados desde finales del siglo XX así como las posturas más representativas surgidas del análisis de las posibilidades y límites del conocimiento histórico en relación con la narración como forma de elección, ordenamiento, expresión e interpretación de los hechos del pasado.

“Mythos”, “Logos” y narración histórica

El conocimiento histórico ha estado desde siempre muy ligado a la narrativa. En el “mythos”, forma básica de conocimiento que estructura sociedades a partir de cosmovisiones integrales que incluyen la referencia a acontecimientos pretéritos, el relato prevalece no solamente en cuanto instrumento de comunicación, envase que guarda eventos significativos o vehículo en el cual viajan los recuerdos y verdades esenciales a través del tiempo. Además de aquello que se cuenta, el acto mismo de contar guarda enorme relevancia, ya que la narración opera como elemento constitutivo de lo social.

A partir del siglo VII ac, con la emergencia y desarrollo del “logos” filosófico-científico, entendido como forma de conocimiento alternativa y complementaria al “mythos”, si bien se procura en el mundo griego un conocimiento fundamentado racionalmente en lugar del cimentado en la legitimidad ancestral de la tradición, los dioses y los antiguos, no se abandona la estructura de relato para referir eventos del pasado. El carácter analítico, crítico y riguroso del “logos” en relación a la tarea historiográfica opera manteniendo la forma narrativa. Tanto en las obras homéricas, en las que prevalecen claramente elementos del “mythos”, como en Herodoto y Tucídides, en quienes se desarrolla el método crítico propio del “logos”, la historia es básicamente un relato. Esto que se observa en la antigüedad será una constante en la larga historia de la historiografía occidental: la estructura narrativa fue el soporte de la reconstrucción histórica.

En el mundo romano, además de la investigación de los hechos pasados presentados narrativamente, también se procura la búsqueda de una concepción especulativa de la historia

en su conjunto. De esta forma, no sólo se reconstruyen series de hechos significativos sino que procura encontrar o brindar un significado al conjunto de la historia. Y así, no sólo la historia se expresa en diversos relatos sino que se constituye en poderosos metarrelatos que además de encuadrar la interpretación de los hechos pasados operan eficazmente sobre los acontecimientos que les son contemporáneos.

A los relatos holísticos de la historia contruidos en relación con Roma, por ejemplo en Polibio y Tito Livio, se fue oponiendo la concepción histórica propia del judeocristianismo. La “Ciudad de Dios” de San Agustín es una obra que surge en ese proceso y que señala, en pleno siglo V, el recambio de una Roma hacia otra como parte de las transformaciones que se producen con la caída del Imperio Romano de occidente y el progresivo ascenso del Papado y la Cristiandad. Hay cierto dualismo platónico en el agustinismo, lo que se traduce en la dialéctica entre un mundo eterno y valioso y otro de sombras, pasajero, corruptible, llamado a reflejar y realizar el arquetípico. De ahí que la historia del mundo “sensible” no presentara mayor relevancia y el pensamiento se dirigiera centralmente a la captación de lo eterno relegando a segundo plano los hechos seculares, interpretados a la luz de la historia sagrada, su contenido salvífico y su teleología trascendente. La reconstrucción histórica careció de mayor interés: excepto los grandes relatos bíblicos y aquellos hechos y personajes que tuvieran un valor moralizador y ejemplar, los eventos pasados no resultaban significativos. El saber medieval se configuró en el marco de un “mythos”, de un relato sagrado fundante que arranca con las primeras palabras bíblicas: “en el principio”, en el génesis-origen, en el “arjé”. Así se señala un comienzo a partir del cual fluye el tiempo y la historia. Ese saber del “mythos” no se opone al del “logos” sino que ambos se integran, tal como aparece en el primer versículo del evangelio de Juan: “en el principio era la Palabra”, en el “arjé” era el “logos”. Nada menos que esas dos palabras tan significativas para el pensamiento filosófico-científico insertas en el corazón del “mythos”. Esta síntesis armónica caracteriza el medioevo: la búsqueda de armonía entre fe y razón, la síntesis entre “mythos” y “logos” con una clara subordinación de la racionalidad al servicio del esclarecimiento y la profundización de la fe religiosa.

A partir del renacimiento se seculariza progresivamente la reconstrucción histórica y se renueva su metodología: el “logos” procura distanciarse del “mythos” para ganar espacio de maniobra propio. Muy lentamente se llega a intentar la pregunta por el conjunto del acontecer histórico y su sentido al margen del “mythos”. Así surge con el iluminismo la denominada “filosofía de la historia” que presta particular atención, por un lado, al estatuto epistemológico de la historia y, por otro, a su consideración especulativa. Desde entonces la filosofía de la historia tiene como objeto tanto a la historia en cuanto conocimiento (*rerum gestarum*) para analizar su cientificidad así como a la historia en cuanto conjunto de hechos pasados (*res gesta*) para analizar su sentido, orientación y teleología. El género narrativo siguió siendo la estructura

básica de un discurso que intenta secularizar la historia sustituyendo a la providencia divina por la idea de progreso y racionalidad.

Siguiendo a Corcuera de Mancera (1997), en el siglo XIX el romanticismo influyó sobre la historia procurando que la narración fuese más vívida, emotiva y capaz de conmover a los lectores. Es claro que el movimiento romántico reacciona contra la racionalidad iluminista y sale al rescate de lo ancestral, lo genuino, lo original, lo pasional y lo tradicional. El “mythos” reaparece y la historia se desarrolló como género literario en el marco de la explosión de la novela. La interacción entre ambas expresiones es visible tanto en grandes novelas que se asientan en lo histórico como en obras históricas que acuden a técnicas propias de la novelística. Sin embargo, en el mismo siglo XIX, la tendencia romántica convivió con una línea de trabajo distinta, dedicada a la elaboración y crítica respecto de la metodología de la historia en orden a su cientificidad. En la emblemática obra de Ranke, la forma narrativa permanece en la medida que es visualizada como una estructura literaria que sostiene el eje cronológico organizador del pasado. El objetivo de la historia era “narrar” lo que verdaderamente había sucedido, pero de forma académica y austera. Por otra parte, el reduccionismo propio del positivismo encuadró las distintas disciplinas sociales, entre ellas la historia, según el modelo nomológico de las ciencias naturales, al tiempo que identificaba lo mítico con la ignorancia y se lo excluía del ámbito del conocimiento. A ese exilio marchó el “mythos” acompañado por un conjunto de elementos tradicionales de la filosofía que, por “metafísicos”, fueron considerados extraños al saber riguroso. En continuidad con el iluminismo, la versión positivista de la relación entre “mythos” y “logos” es excluyente, ya que sitúa ambas expresiones como fases de una evolución gradual del conocimiento que va superando etapas hasta llegar a la ciencia “positiva”. Dado el afán explicativo positivista, en la reconstrucción histórica la estructura narrativa permaneció pero fue acotada y subordinada al análisis y la explicación, minimizando los aspectos literarios en favor de la búsqueda de una objetividad y neutralidad que asegurase un auténtico saber homologable con lo que, por entonces, era considerado científico. La narración siguió siendo la estructura básica utilizada para situar hechos debidamente documentados en una sucesión cronológica explicativa, pero lo narrativo debía reducirse a una arquitectura que expresase la sucesión temporal con la mayor austeridad, ya que se desconfiaba del relato como vehículo de conocimiento riguroso.

En las primeras décadas del siglo XX, a partir de la renovación de historiografía que procuró Annales, se promovió el alejamiento de los postulados naturalistas del positivismo. En esa búsqueda de renovación, los fundadores de la escuela promovieron una historiografía que rompiese con los moldes narrativos. Desde Durkheim había arraigado en Francia una desvalorización de la “histoire événementielle” que se prolongó tanto en Febvre y Bloch como en Braudel (Burke, 1991a). La primera fase de Annales, regida por Febvre y Bloch, se caracterizó por la influencia de la sociología, la antropología y la psicología, mientras que el período

posterior, liderado por Braudel, promovió una historiografía muy ligada a las ciencias sociales en el marco del estructuralismo, con un creciente interés en lo cuantitativo. La “larga duración” braudeliana fue dejando cada vez más “quieta” a la historia y haciendo relativamente ociosa la utilización del género narrativo, ya que el énfasis no estaba en contar o relatar sino en describir, medir, analizar, relacionar y comprender. Hacia los ‘70 se producen grandes cambios en la historiografía en consonancia con la reorientación del pensamiento, los profundos “giros” epistemológicos y una “nueva” filosofía de la historia. En *Annales* se desarrolla un “giro antropológico” que finaliza con el período braudeliano y abre paso a la “tercera generación”, que plantea una suerte de rebelión contra la hegemonía de la historia social, su estructuralismo y su camino cuantitativo. Es el momento de la “nouvelle histoire” (Le Goff, Chartier y Revel, 1978). Acerca de la “nueva historia”, Burke afirma que ni es tan “nueva”, ni es un fenómeno exclusivamente “francés” (Burke, 1991b). El giro antropológico consiste en un vuelco de la historia desde la sociología y la economía hacia la antropología cultural y simbólica. Con este cambio, los autores procuran ampliar el objeto de estudio y vencer el determinismo de la explicación a partir de las leyes socioeconómicas y las relaciones entre infraestructura, estructura y superestructura. En la misma línea de vencer las rigideces se reconsidera lo político, reintegrando los elementos activos y dinámicos de la construcción de la sociedad y el protagonismo de la acción humana, la singularidad y la libertad. Ante la tiranía de las estructuras, se retoman los acontecimientos como reveladores (Duby, 1988) y la forma narrativa, que resultaba el género apropiado para la transmisión de los hechos (Stone, 1979; Burke, 1990). El giro antropológico, la revalorización de lo político y el retorno de los acontecimientos propiciaron el regreso de las formas narrativas.

La nueva filosofía de la historia

Este “giro antropológico” de finales del siglo XX en el campo historiográfico es concomitante con los “giros” que se producen en el ámbito del pensamiento filosófico: son los tiempos del giro lingüístico, hermenéutico y pragmático. La revalorización de la narrativa en la historiografía desde los ‘70 no fue un mero retorno sino que implicó una problematización a partir de nuevos supuestos y horizontes que fueron desarrollados tanto por la propia historia como también por la teoría literaria y la filosofía de la historia.

Tozzi (2007) señala que en esta “nueva filosofía de la historia” la noción de explicación es desplazada por el concepto de narración. De esta forma, la pregunta por la estructura adecuada de las explicaciones dadas por el historiador es reemplazada por la cuestión del status epistemológico de los relatos históricos. La pregunta por la racionalidad o no de las explicaciones dadas por el historiador es abandonada en favor de la pregunta por el realismo o no de las narraciones historiográficas. Este desplazamiento de la problemática está en íntima

relación con el giro lingüístico, el giro histórico-pragmático y el giro hermenéutico en la filosofía actual. Debemos detenernos en ellos.

El giro lingüístico (Scavino, 2000) consiste en una toma de conciencia en la realidad del lenguaje en sí mismo y su rol en la configuración del mundo, liberándose de la visión que lo situaba como un mero medio e instrumento de representación y comunicación. De esta forma, todo lenguaje deja de ser fundamentalmente referencial respecto de una realidad que lo trasciende. La ontologización del lenguaje lejos de propiciar la continuidad del mismo en su función de hacer transparente la realidad por medio de los conceptos, transforma el propio lenguaje en una instancia opaca respecto del mundo pero capaz de revelar algo respecto de las condiciones de su propio origen y de los sujetos, circunstancias e intereses que operan en la construcción del discurso: en esto consiste el giro pragmático, en el carácter revelador y operativo del lenguaje en cuanto práctica histórica (Tozzi, 2007). De ahí que el lenguaje se considere significativo y eficaz aunque no inmediatamente respecto de aquello presente en su contenido sino respecto de los hablantes que se expresan y comunican en él. Por su parte, el giro hermenéutico, en profunda relación con los anteriores, alude al descubrimiento y la conciencia de las condiciones a partir de las cuales se conoce e interpreta toda realidad: la pertenencia a una tradición, a una comunidad y a un conjunto de prejuicios, prácticas y significados socialmente constituidos a los que son integradas las nuevas generaciones en el seno de las diversas culturas (Vattimo, 1996). En esto juega un rol central el lenguaje, que viene a ser como un portador de categorías kantianas aggiornadas: ya no serán “a priori” sino “a posteriori”, no serán innatas sino construidas y no serán universales sino particulares, propias de cada cultura. Los tres “giros” se encuentran entrettejidos porque son un mismo viraje epistemológico que se expresa en el lenguaje, los condicionamientos culturales y las razones y contextos de producción de cualquier tipo de saber.

En este marco, el análisis filosófico de la historia se concentra en el discurso historiográfico, particularmente en su práctica narrativa. Ahí se focalizan las nuevas problemáticas de la filosofía de la historia. Los giros mencionados, en su versión más radical, conducen a la negación de una filosofía especulativa de la historia en sentido totalizador, integral y teleológico declarando la muerte de los metarrelatos y horizontes utópicos. En cuanto a la filosofía crítica de la historia y al análisis de su método y estatuto epistemológico, los autores más afines a los diversos giros descriptos coinciden en considerar que toda historia no es otra cosa que un conjunto de discursos parciales y fragmentarios que revela más de sus horizontes de producción que del pasado que pretende reconstruir. De esta forma, desnudan el carácter pretendidamente científico de la reconstrucción histórica y quiebran el puente hacia el pasado, sea por la contextualización cultural de toda interpretación (giro hermenéutico), sea por las intencionalidades, razones y necesidades de los historiadores y sus sociedades (giro

pragmático), sea por las formas lingüísticas que construyen discursivamente un relato (giro lingüístico).

De alguna forma, se observa cierta continuidad del debate ciencias naturales-ciencias humanas, explicación-comprensión, científicidad-interpretación, descubrimiento-construcción. En el marco de algunas de las preguntas clásicas reformuladas en relación con los tiempos del giro lingüístico, hermenéutico y pragmático, la cuestión de la narrativa histórica constituye un abordaje específico y novedoso. Las intersecciones entre literatura, historia y filosofía han sido permanentes, pero los debates desarrollados desde las últimas décadas del siglo XX manifiestan de forma original los profundos lazos que entretejen sus campos propios: ¿qué posibilidades ofrece el lenguaje narrativo a la historia? ¿Qué límites impone?

El texto historiográfico bajo la lupa

La aparición de “Metahistoria” (1992, 1º ed. 1973) de Hayden White señala este vuelco en la problematización de los estudios históricos: allí confluyen la historia, la filosofía de la historia y la teoría literaria. La cuestión de la narración en la historia deja de ser un tema lateral, un asunto de elección del género literario en que el historiador prefiere exponer su reconstrucción e interpretación del pasado. La “nueva filosofía de la historia” pone la cuestión de la narrativa como uno de los tópicos centrales. Las teorías formalistas de la narración histórica, en consonancia con el giro lingüístico y pragmático, llevan a preguntarse a través de qué tipo de recursos literarios la narrativa expresa las razones por las que se procura construir, proponer o imponer una posición respecto del pasado.

White admite la objetividad y realismo de los datos que los historiadores obtienen del pasado a través de documentos, restos, vestigios y todo tipo de fuentes. Pero considera arbitraria la forma narrativa de la reconstrucción histórica que ordena y enlaza esos elementos, construyendo un relato análogo a una obra literaria ficcional. En ese sentido, Tozzi (2003) sostiene que para White es insostenible la distinción entre relatos históricos y de ficción, de manera que en la historiografía hay una imposición formal a la materialidad de los datos, lo que produce un efecto distorsionador sobre el pasado: la narración es una forma discursiva que se le impone al pasado y no que surge de él. Habría una heterogeneidad entre la narración y los hechos pasados. Esto implica que no corresponde evaluar si los relatos son “verdaderos”, sino que debe partirse de que siempre distorsionan los hechos porque se trata de una forma discursiva impuesta por un narrador envuelto en determinadas condiciones que hacen a sus elecciones. En consonancia con el giro lingüístico, White sostiene que cualquier discurso histórico se explica por referencia a un nivel precrítico, poético y constructivo. Este nivel está constituido por diferentes modos de prefiguración discursiva provenientes de la literatura (que el autor llama “tropos”) que son los mismos que se utilizan para relatos ficcionales. Por medio de

ellos, el historiador organiza el caos de los datos históricos en una estructura narrativa. Desde lo histórico conceptual, en consonancia con el giro histórico-pragmático, se pregunta por la función cultural del relato y cuál sería el sujeto de esa narración. La elección de un sujeto histórico, eje del discurso narrativo, devela la intencionalidad moralizante tanto de la historia popular como de la académica.

Por lo tanto, para White, una narrativa histórica se construye eligiendo entre un menú de opciones que configuran una selección de hechos, una ordenación cronológica, distintos tipos de “estrategias explicativas” (por trama, por argumentación formal y por implicación ideológica) y por el uso de los “tropos” posibles (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía). Corresponde preguntar: ¿qué criterios intervienen para que el historiador elija ciertas narrativas en lugar de otras como mejores interpretaciones de lo sucedido? La respuesta de White apela a la presencia y relevancia de una base emotiva central y actos de orden no racional (incluyendo deseos, sueños, ilusiones) que determinan las elecciones de material, recursos y técnicas explicativas en íntima relación con los compromisos prácticos e ideológicos del autor (Tozzi, 2007).

Tanto los compromisos prácticos e ideológicos como la configuración poética y estética de los relatos históricos afectan su status cognitivo. ¿Implica esto un antirrealismo acerca de la ocurrencia del pasado? White (2003) no cuestiona la ocurrencia del pasado ni la objetividad de los datos históricos. El nivel descriptivo asegura la realidad del pasado, su existencia, pero no puede ir más allá de “tal cosa ocurrió”, “tal otra sucedió después de aquello”, etc., lo cual está limitado al nivel de la crónica y de la facticidad de hechos descritos de modo fenoménico. Pero lo narrativo implica conectar los acontecimientos, establecer relaciones, secuencias, interpretaciones, causalidades, personajes centrales y secundarios, eventos relevantes, factores predisponentes, significados y sentidos. Desde lo cognitivo, la narración no deja de ser una construcción del narrador que reviste un grado de arbitrariedad y hasta cierta ficcionalización de los hechos pasados, volcándolos en una estructura compuesta de un inicio, un desarrollo y un fin, algo ajeno a la realidad histórica. Esto implica, lógicamente, un grado de distorsión, relativismo y escepticismo si se evalúan los aspectos cognitivos desde una perspectiva que pretenda exigir rigor al relato histórico. Más que de antirrealismo, se podría hablar en White de imposicionalismo, ya que el relato histórico distorsiona los acontecimientos que narra porque que hay una heterogeneidad básica entre la narración y los hechos pasados (Tozzi, 2003).

También para Mink (1987) la opción de la historia por la narración es arbitraria, se trata de una elección que configura una forma de concebir el pasado. Nuestra experiencia de vida no tiene forma narrativa, la forma narrativa es propia de la imaginación, no es “descubierta” sino “construida” y aplicada al estudio histórico. Muchos sostienen que habría una aproximación entre experiencia y narración ya que parece haber semejanza en cuanto al devenir de la temporalidad. Pero Mink sostiene que la temporalidad de la narración es totalmente distinta de

la de los acontecimientos a que refiere, ya que supone una “presencia” del final en el comienzo, una temporalidad que el narrador puede recorrer “de ida y vuelta” porque sabe el conjunto de la historia, algo central que no se da en la experiencia de vida, en la historia como realidad de hechos del pasado, ya que no se “sabe de antemano” hacia dónde se dirigen las acciones ni se conocen todas sus consecuencias. Por eso, la forma narrativa no es la estructura de la realidad pasada sino una forma que el presente escoge para referir coherentemente el pasado. La narrativa opera haciendo pensar en la unidad, sistematicidad y objetividad de una historia universal por la manera en que agrupa y ordena la multiplicidad y heterogeneidad de los acontecimientos pretéritos. Mink recalca que el “acontecimiento” siempre es “producto” y no “materia prima” de la narración. “Historia narrativa” sería un oximoron: en tanto histórica afirma representar, a través de su forma, parte de la complejidad real del pasado, pero en tanto narrativa es un producto de la construcción imaginativa que no puede defender su pretensión de verdad por ningún procedimiento de argumentación o autenticación, ya que no puede verificar sus enunciados ni contrastarlos con los hechos.

Ankersmit (2001), por su parte, busca una posición intermedia entre un realismo ingenuo y un narrativismo arbitrario. Para ello, intenta hacer una serie de distinciones, una de las cuales es entre descripción y representación. Una descripción “refiere a la realidad” predicando algo de un sujeto, ya que la referencia se establece objetivamente por medio de una denotación. Se trata de uso del lenguaje más cercano a las ciencias. En cambio, una representación “es acerca de la realidad”, lo cual es esencialmente complejo estableciendo un uso del lenguaje más afín a la estética. La mera descripción, en historia, no pasaría de la superficie de los acontecimientos. La representación, en cambio, procura expresar significados. Ankersmit intenta una superación: a la lógica o – o, opone la lógica y – y. No es necesario escoger entre una justificación positivista de la narración empíricamente fundada o una postura liviana en que las narrativas históricas son producto de la imaginación literaria. Su aporte está en salir de los meros análisis literarios para analizar los procedimientos de la historia. Así, afirma que los historiadores no empiezan por “narrar” sino por tener en cuenta los cimientos del conocimiento histórico, los resultados de la investigación histórica. Luego, al intentar “organizar” esos datos en un texto, buscan “qué parte de la realidad se corresponde mejor con qué parte del lenguaje”. Separa la investigación histórica, en la que resulta relevante su capacidad de dar cuenta del pasado, de la escritura histórica y la utilidad de la narración. Al respecto, parece retornar a una categorización clásica entre forma y contenido. No hay uno sin otro: ni forma vacía, ni contenido informe. Mientras que la investigación da a luz resultados, la escritura histórica da a luz un texto histórico. Busca así conectar las dos dimensiones que, a su juicio, el debate ha distanciado.

Ankersmith, por tanto, sostiene que su interés por el análisis del narrativismo no tiene absolutamente nada que ver con un menosprecio de la investigación histórica, entendida como proceso de obtención de información fáctica sobre el pasado para su expresión en

descripciones verdaderas y explicaciones causales a un nivel elemental sobre la base de documentación, rastros, fuentes, etc. Respeta y valora toda la heurística de los historiadores y la ampliación del conocimiento del pasado que han posibilitado. Pero se interesa por algo importante de la escritura histórica que había sido dejado de lado por los historiadores y que fue reflatado por los teóricos de la literatura, especialmente a partir de White: la cuestión de cómo los hechos históricos son integrados en el texto histórico. La distinción entre “ser referido a” (descripción) y “ser acerca de” (representación) le permite abrir la cuestión pero reconociendo abordajes diferentes. Por el giro lingüístico, afirma, el texto literario deja de ser un “médium” que conecta el presente con el pasado y pasa a ser el objeto de investigación, la realidad investigada. Esto implica que la teoría literaria no problematiza realmente la brecha entre lenguaje y realidad como lo hacen la epistemología y la filosofía del lenguaje en general. Para un teórico literario no hay nada revolucionario ni interesante en la afirmación de que un texto es una “cosa”, un “objeto”, que es parte de la realidad. Esto es algo totalmente básico para quienes tratan con textos, lo mismo que para un biólogo las flores y las bacterias son parte de la realidad. Pero el filósofo presta atención a esta relación entre lenguaje y realidad, ya que en la brecha entre realidad y lenguaje se originan todos los secretos de referencia, significado y verdad, que son su métier. Si el teórico literario “naturaliza” el lenguaje, el filósofo “semantizará” al lenguaje y a su relación con el mundo. Para el filósofo existe, por un lado, la realidad y, por otra parte, el lenguaje. Lo poético, formal y estético no existen previamente sino solamente en la medida que actúan sobre una materia prima, en este caso, sobre el material de la investigación histórica. Esto supone un mínimo de homogeneidad para que la representación sea posible, una cierta aptitud de las formas poéticas para expresar las formas de lo real, un espacio intermedio de encuentro entre realidad y lenguaje: los conceptos son las contrapartes lingüísticas de las formas en la realidad. Pero estas formas no anteceden lógica ni temporalmente a la representación. Lenguaje y realidad se acercan y la narrativa permite una posibilidad de encuentro con el mundo, aunque no sea la única forma posible. De manera que el relato histórico es capaz de representar la historia y, en ese sentido, si bien Ankersmit se mantiene dentro de cierto margen de relativismo y escepticismo, aumenta el valor cognitivo de la narración histórica respecto del formalismo de White.

Ankersmith realiza una importante distinción delimitando campos a la hora de preguntarse por la “verdad” histórica en el texto histórico. La teoría literaria puede ser un instrumento muy útil para analizar textos históricos, por eso debe ser tomada como ciencia auxiliar del historiógrafo. Pero la teoría literaria resulta mucho menos útil cuando tenemos que abordar el problema central de la teoría histórica, esto es, el problema de cómo el historiador da cuenta de la realidad pasada, la describe o la representa. La teoría literaria es completamente inútil como teoría de la historia: no ha dicho ni podría tener nada que decir sobre la cuestión de cómo el historiador logra representar el pasado. No puede pasar del análisis del texto histórico al análisis del

conocimiento histórico y de los hechos pasados sino que se debe restringir el uso de la teoría literaria a la escritura de la historia sin que invada el campo de la teoría histórica. Asimismo, en otro escrito, Ankersmith (1996) también aporta al análisis de las diferentes formas de verdad que pueden reconocerse en la historiografía y en la novela. De manera muy audaz intenta superar el escepticismo de los planteos iniciales del problema y volcarlo en otra dirección: si la cuestión a partir de White se había desarrollado cuestionando la “verdad” en la historia por su asimilación a las narraciones ficcionales, Ankersmith atribuye “verdad” a ambas narrativas, entrelazadas aunque de distinto orden según sus características propias.

Respecto de esta problemática no puede obviarse a Ricoeur (1995), quien sostiene que configurar el pasado narrativamente no es una cuestión de forma o estilo ni algo que realiza discursivamente la manera narrativa en que se desarrolla la vida. La forma narrativa es algo inherente a nuestra comprensión del pasado. Cualquier otra configuración del pasado lo convertiría en algo extraño, irreconocible e incommunicable. Es la experiencia humana de la temporalidad la que permite una configuración narrativa. Podría pensarse que expresa cierto kantianismo en la aplicación de una suerte de “categorías narrativas” al material histórico a fin de obtener inteligibilidad. Esas categorías no fuerzan la realidad ya que habría algún grado de homogeneidad que permite construir una mediación entre realidad y lenguaje. Ricoeur señala tres niveles de comprensión, a los que llama mimesis, aludiendo a la capacidad de representación de lo real por medio del lenguaje. La forma en que se hace la realidad no es independiente del lenguaje, por lo cual hay algún tipo de nexo. Si la acción puede relatarse es porque tiene algún grado de articulación temporal que el lenguaje puede expresar privilegiadamente en forma narrativa. De esta forma, en el mundo de la acción existe una precomprensión que tiene que ver con los hechos y sus relaciones (mimesis I). Otra instancia es la articulación de esos hechos por medio de la construcción de la trama, donde entra la estructura formal del lenguaje narrativo (mimesis II). Finalmente, la recepción del relato a cargo de los lectores, interlocutores y oyentes (mimesis III) es significativa en la medida que si la narración es inteligible por parte de los destinatarios es porque responde a categorías compartidas en el campo de los hechos: toda literatura sería incomprensible si no viniese a configurar lo que ya aparece en la acción humana.

Narración como continuidad con el pasado

Carr (1986 a y b) desarrolla una concepción favorable a la historiografía narrativa sosteniendo cierto grado de homogeneidad entre la forma narrativa y la experiencia de la realidad. Los hombres experimentan y actúan, tanto individual como colectivamente, de forma narrativa. De esta manera, lo narrativo no es primariamente una forma literaria sino algo constitutivo de los individuos y grupos. De ahí que, como forma literaria, sea apta para

representar la experiencia y el pasado. Para Carr, tanto Mink como White arriban a conclusiones escépticas mientras que, según su postura, la narrativa no es simplemente una forma posiblemente exitosa de describir eventos sino que su estructura pertenece a los eventos mismos. La narración no es una distorsión formal de los eventos que relata sino una extensión de uno de sus rasgos primarios. Mientras otros argumentan por la discontinuidad radical entre narrativa y realidad, Carr lo hace por su continuidad. Según él, el sentido común capta claramente que las historias narrativas tradicionales afirman contarnos lo que realmente ocurrió mientras que las narrativas ficcionales retratan eventos que, por definición, nunca han ocurrido. Carr interpreta que la cuestión problemática que suscita el debate es respecto de la capacidad narrativa para representar. Al respecto, opina que Mink y White son guiados al escepticismo por la analogía entre las narrativas históricas y las ficcionales. Si bien Carr no alude a Ankersmit, se puede pensar que lo consideraría como un autor moderado, aunque en la misma línea que Mink y White.

Respecto de Ricoeur, Carr afirma que, si bien el francés sostiene que el mundo tiene una “estructura pre-narrativa” de elementos que se prestan a sí mismos a la configuración narrativa, esta prefiguración no es en sí misma una estructura narrativa, por lo cual Ricoeur concibe el mundo y la historia como algo desordenado, confuso y mudo. Según Carr, para Ricoeur la narrativa es una “síntesis de lo heterogéneo” en la que elementos dispares del mundo humano - agentes, objetivos, medios, interacciones, circunstancias, resultados inesperados, etc.-, son reunidos y armonizados. La narración llega para dotar de sentido y organizar la dispersión de lo real.

Carr sostiene que lo central de los autores analizados estriba en que estas visiones recientes de la narrativa muestran que la estructura narrativa es considerada como perteneciendo sólo a los textos. Los relatos pertenecerían a un plano radicalmente diferente del mundo real que pretenden representar. Carr contradice esa discontinuidad entre mundo y lenguaje, esa heterogeneidad entre hechos del pasado y narración histórica. Al respecto, argumenta vinculando “narración” y “vida” tanto en el sujeto individual como en el colectivo social. La experiencia individual y social acredita que la vida es una secuencia estructurada. Si bien la estructura de la vida real no es necesariamente una estructura narrativa, sí hay un parentesco entre la estructura medio-fines de la acción y la estructura comienzo-medio-fin de la narrativa. De manera que, lejos de ser una configuración poética y estética impuesta a la realidad o una forma de comprensión ligada a categorías mentales, la forma narrativa es el correlato lingüístico de la propia realidad. Hay una implicancia entre experiencia histórica y narración histórica, lo cual permite un alto grado de posibilidades cognitivas, dado que el carácter narrativo de lo real es particularmente representado por el relato y su estructura.

La narratividad no es una forma “posterior”, “exterior” o “ajena” a los hechos, sino que forma parte de los mismos. El entretejido de la historia es posible gracias a la actividad narrativa: la

narración, inmersa como está en la acción, hace esto en el curso de la vida misma, no simplemente después del hecho a cargo de los historiadores. Es más, así como la subjetividad individual no es posible sin la continuidad que establece la persona a través de la estructura narrativa con que dota de sentido a la existencia, así también, la realidad social y comunitaria es constituida por la función narrativa. Tanto el “yo” como el “nosotros” se deben a la narración. La narración no es algo impuesto de afuera que fuerza la realidad, sino una actividad constitutiva de la vida. Los sujetos individuales y colectivos experimentan y viven su vida de modo narrativo en el seno de grupos constituidos narrativamente gracias a una historia común. Si hay comunidad es porque existe un “nosotros” que es el sujeto de una serie de eventos, realidades y experiencias del pasado (Tozzi, 2007).

Carr realiza el acercamiento apenas insinuado en Ankersmit, quien ya había visto la imposibilidad de avanzar en la línea establecida por White, estableciendo una relación entre realidad y narración que resulta previa a la textualidad: habría, pues, un primer orden narrativo, el constitutivo de lo real, y un segundo orden, representativo, cuyo interés es primariamente cognitivo (en la narración histórica) o estético (en la ficcional). Lo narrativo tiene un carácter práctico antes que cognitivo, estético o poético. De esta forma, el compromiso práctico-ideológico no afecta exclusivamente la etapa de narración del texto histórico sino que ya se encuentra operante en la fase constructiva de lo real, en cuanto lo real acaece siendo narrado. De esta forma, la narración pasa a ser, en Carr, una forma privilegiada para el status cognitivo de los estudios históricos.

Un camino abierto

Las distintas posiciones analizadas relativas a la cuestión de la narración histórica permiten observar un rico intercambio de perspectivas en el planteo de los problemas, en los que aparece especialmente involucrada la relación lenguaje-mundo. Las posiciones impositivistas parecen partir de una existencia previa del lenguaje, formalmente considerado, que se aplica a una realidad determinada; en este caso, a hechos pasados. De alguna forma, los problemas que se presentan exceden al “género” narrativo y al “objeto” histórico. Posturas como las de White y Mink podrían plantearse alrededor de géneros descriptivos respecto de las ciencias naturales o acerca de la capacidad denotativa del lenguaje. En la medida que la relación lenguaje-mundo está cargada de cierto formalismo idealista, las posibilidades cognitivas que permite se reducen, llevando hacia el escepticismo y el relativismo. Ankersmit intenta reducir esos riesgos desarrollando distinciones que no permiten hablar genéricamente de “lenguaje”. Las posturas de Ricoeur y Carr, por otra parte, ofrecen líneas fecundas de superación de las aporías en que puede verse encerrado el conocimiento histórico indagando en las relaciones entre narración y experiencia, en la búsqueda de las raíces vitales del género narrativo.

En definitiva, en esta problemática se manifiesta, en el campo específico de la historia, el problema de la relación entre lenguaje y mundo. ¿Hay alguna homogeneidad entre realidad y lenguaje? ¿Se puede todavía pensar en alguna correlatividad entre realidad y lenguaje?

En relación con este rico intercambio, considero que puede pensarse que, en la ocurrencia de ciertos hechos, se expresa alguna teleología e intencionalidad, propias de la mayor parte de las acciones humanas. Esa ocurrencia fáctica relaciona hechos que resultarán traducibles en estructuras lingüísticas aptas para referirse a esos hechos en el futuro. Pero, al mismo tiempo, no debemos olvidar que, a medida que los hechos se suceden, parte de los mismos consiste en la narración de hechos que, para ese entonces, son “pasados”, tanto remotos como los inmediatamente previos a sus menciones. De esta manera, en t , a medida que acaecen los hechos que serán narrados en un futuro en t_2 , t_3 y t_4 , también está acaeciendo la narración de los hechos ocurridos en $t-1$, $t-2$, $t-3$, influyendo decididamente en el presente de t . El ejercicio narrativo está entretejido con la ocurrencia de los hechos, de manera que va formando en los agentes históricos ciertas categorías (por ejemplo, las de secuencia y teleología, entre otras) que informan las acciones de esos agentes. Simultáneamente, la relación entre los hechos se expresa en una forma de hablar de ellos (por ejemplo, la estructura narrativa) que resulta inteligible y reconocible justamente porque emerge de lo real y no porque se impone a lo real: ¿por qué no considerar de esta manera “real” al lenguaje antes que como una forma que crea al mundo desde algún lugar fuera del mundo desde el cual lo mira para darle forma y organizarlo? Así, el relato historiográfico, sobre la base de los frutos de la investigación y praxis de los historiadores, surge desde una continuidad con la ocurrencia de los hechos y no como una mirada externa y ajena a los mismos. El status cognitivo que permite la narración histórica, complementada con otras posibilidades que ofrece el lenguaje, al expresar en alguna medida homogeneidad estructural entre los hechos pasados y su conocimiento actual, es suficientemente apto para ser considerado un saber riguroso.

Estos debates permiten formular unas cuantas preguntas alrededor de estas cuestiones, en particular en relación con el desplazamiento registrado. El “objeto” deja de ser la historia, entendida como “pasado” y los hechos del pasado, para pasar a ser el discurso historiográfico: ¿por qué excluir la consideración de algunos elementos que parecen haber quedado atrapados en el descrédito metafísico? ¿En qué medida resulta prescindible una ontología de lo histórico? Oculta la realidad del objeto o directamente declarada prescindible la cuestión: ¿sobre qué se sostiene la producción histórica, el conocimiento histórico? ¿No será acaso que, debajo de las nuevas concepciones acordes a los tiempos del giro lingüístico y pragmático, perviven algunas rémoras ontológicas que hacen posible la continuidad con un pasado considerado como real y viviente, presente en el presente, y enlazado a él de tal forma que el conocimiento histórico no sea exclusivamente referencial a su tiempo?

“Mythos”, “Logos” e historia en América Latina

De esta forma, la revalorización del camino narrativo va de la mano de una revalorización del “mythos” en tanto relatos constituyentes de lo social por medio de los cuales se desarrollaron y desarrollan en continuidad relaciones, actividades, saberes, símbolos, sociabilidades, instituciones y prácticas a partir de necesidades, problemáticas y desafíos plurales. La gran diferenciación entre “mythos” y “logos” se asentó siempre en relación a los criterios de fundamentación de los conocimientos y a las formas de verdad de los mismos, en el marco de una concepción que priorizaba el “logos” como expresión de una racionalidad superadora de saberes acríticos sostenidos por la autoridad de los mayores, la creencia religiosa y/o la inercia de la tradición. En tal sentido, las distinciones permanecen, en la medida que la crítica y la metodología historiográfica propias del “logos” son diferentes de las del “mythos”. Pero ya no se considera al “mythos” de manera peyorativa sino como un saber legítimo. La revalorización del “mythos” es una característica del pensamiento posmoderno, en la medida que cuestiona la racionalidad moderna como universal y natural a todo hombre (Vattimo, 1986; Canavessi, 2002). Además, en referencia a la función constructiva del “mythos” respecto de lo social, las nuevas concepciones reivindican el papel del “mythos” y dan la bienvenida a su retorno, lo cual se evidencia en el renovado aprecio por la narrativa historiográfica.

Estas problemáticas que se discuten hace algunas décadas surgen del pensamiento que se desarrolla en los países centrales siendo también abordadas en regiones periféricas. En América Latina cobran características propias. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX fue muy poderosa la influencia del positivismo que procuró imponer un “logos” que progresivamente liberaría al continente de los “mitos” responsables de su atraso. A partir del siglo XX, se manifestó una reacción que promovió una intensa búsqueda de rescate de la propia identidad frente a los imperialismos, los grandes flujos inmigratorios y la repercusión de los principales acontecimientos políticos y económicos. Se podría decir que en Latinoamérica se fue dando una revalorización de sus “mitos” a medida que se intentaba construir un pensamiento que reflejase más su realidad y cultura evitando el mimetismo respecto de Europa y la erosión de sus tradiciones. Esto que ya es visible en el “Ariel” de Rodó a principios del siglo, se desarrolló acentuadamente en nuevas narrativas por la acción de muchas instancias, grupos y autores en distintos campos: la novela, la poesía, el cuento, los ensayos de identidad, los escritos políticos, la renovación historiográfica, el revisionismo histórico, la música, etc. A esta búsqueda no es ajena la filosofía, que aporta su reflexión sobre la propia historia y se integra y nutre con otras formas discursivas en la construcción de lo identitario y cultural:

En tanto herramientas de construcción de la realidad, las Filosofías de la Historia -al igual que otras expresiones narrativas de la cultura: los relatos utópicos, las novelas o los cuentos populares- ponen en juego posicionamientos subjetivos frente a la realidad (...) no puede desconocerse la importancia

teórica y práctica de este tipo de relato en la definición de las identidades colectivas, tanto en su alcance general como, específicamente, entre nosotros (Fernández Nadal, 2002).

En el campo de la filosofía, quienes procuran establecer un pensamiento propio y genuino en América Latina consideran preciso hablar de una conciencia de sí arraigada en una conciencia histórica que prioriza el relato histórico como forma de apropiación de las subjetividades colectivas:

Esta perspectiva diacrónica es necesaria porque toda identidad, tanto personal como de un pueblo, tiene que ver con una narración: la narración de su pasado y el objetivo (o desenlace) de esa narración, que estando en el futuro, se cuenta como mito y como utopía, como proyecto que da sentido al relato. Por eso la filosofía latinoamericana debe ayudar a comprender la historia con la que nos narramos nuestra propia identidad, al mismo tiempo que levanta acta de los proyectos del sujeto histórico latinoamericano, apelando a las mediaciones necesarias para hacer viable ese proyecto (VVAA, 1992:46).

En los pensadores que procuran establecer las bases de un filosofar propio en Latinoamérica se manifiesta una concepción narrativista análoga a las analizadas en Carr o Ricoeur, aunque no necesariamente derivada de ellos. Tal postura es comprensible acorde a sus pretensiones, dado que para esos autores:

la narrativa o el narrar en tanto actividad es constitutiva de la vida y no impuesta desde afuera a una experiencia y acción vividas como mera secuencia temporal. Los sujetos, individual y colectivamente, actúan y experimentan su vida de modo narrativo y se ven inmersos en grupos constituidos narrativamente, es decir, que comparten una historia común. Una comunidad existe, donde existe una consideración narrativa de un nosotros que persiste a través de sus experiencias y acciones (Tozzi, 2007:u5).

Por tanto, el abordaje histórico por el camino narrativo, sea por medio de la historiografía, la literatura o el pensamiento filosófico permite el reconocimiento de lo propio en la transmisión, relectura y reinterpretación dinámica de saberes, símbolos, hechos pasados, cosmovisiones, sociabilidades, instituciones y prácticas a partir de necesidades, problemáticas y desafíos plurales. En orden al fortalecimiento y el desarrollo de los múltiples rasgos identitarios latinoamericanos, la historia es un puente para la interacción, el enriquecimiento mutuo y la crítica recíproca entre “mythos” y “logos” reconociendo sus especificidades, acentuando su complementariedad y evitando oposiciones excluyentes.

Bibliografía

- Ankersmit, F. (1996): “La verdad en la literatura y en la historia”, en Olabarri, I. y Caspistegui, F. (dir.): *La “nueva” historia cultural: la influencia del posestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 49-68.
- Ankersmit, F. (2001): “El giro lingüístico: teoría literaria y teoría histórica” en Ankersmit, F.: *Historical Representation*, California, Stanford University Press.

- Burke, P. (1990): *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los 'Annales': 1929-1989*, Barcelona, Gedisa.
- Burke, P. (1991a): "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración", en Burke, P. (ed.): *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, pp. 287-305.
- Burke, P. (1991b): "Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro", en Burke, P. (ed.): *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, pp. 11-37.
- Canavessi, J. (2002): "Vattimo o el mito reencontrado", en *Intertexto*, Revista Digital del Instituto Superior del Profesorado Sagrado Corazón, nº2, 2002 (www.sagrado.edu.ar/revista2/index.htm).
- Carr, D. (1986a): *Time, Narrative and History*, Indianapolis, Indiana University Press, Bloomington.
- Carr, D. (1986b): "Narrative and the Real World: An Argument for Continuity", en *History and Theory*, vol. XXV, N 2, pp. 117-131.
- Corcuera de Mancera, S. (1997): *Voces y silencios de la historia. Siglos XIX y XX*, México, FCE.
- Duby, G. (1988): *Diálogo sobre la historia. Conversaciones con Guy Lardreau*, Madrid, Alianza.
- Fernández Nadal, E. (2002): "Relatos de identidad. Francisco Bilbao y las miradas filosóficas sobre la historia", V *Encuentro del Corredor de las Ideas*, Río Cuarto, disponible en <http://juanfilloy.bib.unrc.edu.ar/completos/corredor/correddef/panel/FERN.HTM>
- Le Goff, J., Chartier, R., y Revel, J. (1978): *La nouvelle histoire*, Paris, Retz.
- Mink, L. (1987): *Historical Understanding*, New York, Cornell University Press.
- Ricoeur, P. (1995): *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI.
- Scavino, D. (2000): *La filosofía actual*, Buenos Aires, Paidós.
- Stone, L. (1979): "The revival of narrative", en *Past and Present*, nº85, pp. 3-24.
- Tozzi, V. (2003): "Introducción", en White, H.: *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós.
- Tozzi, V. (2007): "Material de la cátedra Filosofía de la Historia", Unidad 5, Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- Vattimo, G. (1986): *La sociedad transparente*, Buenos Aires, Paidós.
- Vattimo, G. (1996): *Más allá de la interpretación*, Buenos Aires, Paidós.
- VVAA (1992): "Documentos de Trabajo", en Ellacuría, I. y Scannone, J. C. (comp.): *Para una filosofía desde América Latina*, Bogotá, Universidad Javeriana, pp. 23-60.
- White, H. (1992, 1º ed. 1973): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, FCE.
- White, H. (2003): *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós.